

## LAS MANIOBRAS MILITARES EN MONTIL

### I

Comenzaban las operaciones con mucha brillantez. El general Decuir, del ejército del Sur, cuyas tropas ocupaban una excelente posición en los bosques de Saint-Colomban, mandó efectuar á las diez de la mañana un brillante reconocimiento, en el que no se advirtió la presencia de ningún enemigo; después de lo cual los soldados comieron el rancho. El general dejó su escolta en Saint-Luchaire, y metióse con el capitán Varnot en el automóvil enviado expresamente para conducirlo á la magnífica posesión de Montil, donde la baronesa de Bonmont le tenía invitado á comer. El pueblo de Montil esta-

ba de fiesta. El general atravesó un arco de triunfo, construido en su obsequio á la entrada del parque, con banderas, trofeos de guerra y ramas de encina entrelazadas con ramas de laurel.

La señora de Bonmont recibió al general en la escalinata del castillo y le condujo á la inmensa y bien provista sala de armas, donde resplandecía el acero.

—Habita usted una residencia soberana, señora—dijo el general—, y en un hermoso país. He cazado mucho en estas tierras, principalmente en los dominios de Brecé, donde creo haber visto á este pollo, si no recuerdo mal.

—Allí nos vimos; allí tuve la honra de conocerle—dijo Ernesto Bonmont, que había conducido al general desde Saint-Luchaire.

Era un almuerzo íntimo. Con el general, el capitán, la baronesa y su hijo, sentábanse á la mesa otros dos invitados únicamente: la señora de Worms Clavelin y José Lacrisse.

—¡Como en la guerra!—dijo la señora de Bonmont, mientras ofrecía su derecha al general en la mesa, muy adornada con flores y

en cuyo centro había una figura de porcelana de Sèvres: Napoleón á caballo.

El general recorrió con una mirada la extensa galería llena de hermosos tapices de Van-Orley.

—¡Qué inmenso!

—Cabría la brigada entera—dijo el capitán.

—Yo la hubiera recibido con mucho gusto—respondió la baronesa sonriente.

La conversación fué apacible, sencilla y cordial. Tuvieron el buen gusto de no hablar de política. El general profesaba ideas monárquicas; no lo decía, pero nadie lo ignoraba. Sus dos hijos fueron detenidos por gritar: «¡Panamá!» en los boulevares, cuando Loubet fué nombrado presidente. Su actitud era siempre reservada; su corrección, absoluta. Se habló de caballos y cañones.

—El nuevo 75 es una joya—dijo el general.

—Nunca será bastante admirada—añadió el capitán Varnot—la facilidad con que se maneja. Verdaderamente resulta maravilloso.

—Y en la maniobra—dijo la señora de Worms Clavelin—las cubiertas de los furgones, gracias á una disposición ingeniosa y nueva, sirven de refugio á los artilleros.

Todos admiraron los conocimientos militares de la mujer del prefecto.

La señora de Worms-Clavelin dió también lugar á que apreciaran su carácter cuando habló de Nuestra Señora del Sotillo.

—Ya sabrá usted, general, que tenemos en el departamento, en el mismo Brecé, una estatua milagrosa de la Virgen.

—Oí decir algo de ella—respondió el general.

—El padre Guitrel—prosiguió la señora de Worms Clavelin—antes de ser nombrado obispo se interesaba mucho por las apariciones de Nuestra Señora del Sotillo, y hasta existe un folleto donde se prueba que la Virgen del Sotillo es la patrona del ejército francés.

—¡Lo leeré!—dijo el general—. ¿Dónde lo venden?

La señora de Worms-Clavelin prometió enviárselo.

Tampoco se dijo en la mesa ninguna frase atrevida, ni que pudiera interpretarse maliciosamente. Después de comer dieron un paseo por el parque. El capitán Varnot se despidió.

—Que la escolta me espere en Saint-Luchaire, capitán—dijo el general.

Y dedicó á Lacrisse las siguientes palabras:

—Son las maniobras militares un reflejo de la guerra, pero un reflejo infiel, puesto que en ellas todo está previsto, mientras que en la guerra lo imprevisto es lo más importante.

—¿Quiere ver el criadero de faisanes, general?—preguntó la señora de Bonmont.

—Con mucho gusto.

La señora de Bonmont dijo, al volver la cabeza:

—Pero, ¿no vienes, Ernesto?

A Ernesto le había detenido para saludarle Baulin, el alcalde de Montil.

—Dispéñeme, señor barón. Si usted pudiera recomendarme al general Ducuir, para que haga pasar la artillería por la

zona de Saint-Jean sobre mi campo de alfalfa...

—No será muy hermosa su alfalfa, señor Baulin, puesto que desea que se la aplasten.

—Sí, sí, es muy hermosa, señor barón; tendré una buena cosecha dentro de poco. Pero la indemnización es magnífica. La última vez fué Houssiaux quien se la llevó. ¿No es justo que me la lleve yo ahora? Soy el alcalde, sobre mí pesan todas las preocupaciones de la comarca; y cuando hay algún beneficio que distribuir...

El general fué acompañado al criadero de faisanes.

—He de reunirme con mis tropas.

—¡Oh!—dijo el baroncito—, mi «treinta caballos» las alcanzará en seguida.

Visitaron las cuadras, las perreras y los jardines.

—Esas rosas son magníficas—dijo el general, que adoraba las flores.

El estampido lejano del cañón se amortiguaba en aquel ambiente oloroso.

—Son los ecos de la fiesta—dijo Lacrisse—. Todo es júbilo y alegría.

—Como el tañido de las campanas—dijo la señora de Worms-Clavelin.

—Es usted una verdadera francesa, señora—dijo el general—. Todas sus frases denotan un patriotismo puro.

Eran las cuatro. El general no podía permanecer allí ni un minuto más. Felizmente, con el «treinta caballos» se recorría el camino en un vuelo.

El general subió al automóvil con el baroncito, Lacrisse y el mecánico, y volvió á pasar bajo el arco de triunfo.

En cuarenta minutos llegaron á Saint-Luchaire. Pero allí no estaba su escolta. Los cuatro buscaron en vano al capitán Varnot. El pueblo había quedado ya completamente desierto. Ni un soldado. Un carnicero que pasaba en su carricoche, y á quien preguntaron por dónde había ido la brigada Ducuir, les respondió:

—Miren si está en la calzada de Cagny. Hace un momento se oían los cañonazos en la dirección de Cagny. ¡Resonaban de firme!

—¿Dónde está Cagny?—preguntó el general.

—No se preocupe usted, conozco el camino—dijo el baroncito—. Ya llegaremos.

Y como la distancia era considerable, entregó al general un guardapolvo, una gorra y unas gafas.

Avanzaron por la carretera y después de cruzar varios pueblos: Saint-André, Ville-neuve, Letaf, Saint-Porçain, Truphême y Mirage, llegaron á la presa de Cagny, arbolada por el sol poniente. Unos dragones del ejército del Norte á los que interrogaron, no supieron decirles dónde se hallaba la brigada Ducuir, pero aseguraron que las tropas del ejército del Sur operaban en Saint-Paulain.

Saint-Paulain estaba á cuarenta y cinco kilómetros en la dirección de Monteil. El automóvil viró en redondo para desandar lo andado. Cruzó nuevamente por Mirage, Truphême, Saint-Porçain, Letaf, Villeneuve y Saint-André.

—Aumente la velocidad—ordenó el baroncito, y el coche atravesó las calles de Verry-les-Fougerais, de Suttieres y de Rary-la-Vicomté; levantaba nubes de polvo

dorado, como en las apoteosis, y despachurraba gallinas y cerdos. A dos kilómetros de Saint-Paulain encontraron la vanguardia del ejército del Sur, que ocupaba La Saulaie, Mesville y el Sourdais. Allí les dijeron que todo el ejército del Norte estaba al otro lado del río Ilette.

Dirigiéronse hacia Torcy-la-Mirande para atravesar el río por Vieux Bac.

Después de una hora de marcha vieron, en la tenue claridad del atardecer, blancos vapores que oscilaban sobre las hondonadas de las praderas.

—¡Demontre!—dijo el baroncito—, no podemos pasar; el puente del Ilette está destruido:

—¡Cómo!—exclamó el general—, ¿el puente del Ilette destruido? Pero ¿qué dice usted? ¡El puente destruido!

—¡Vaya! En el plan de las maniobras se halla destruido ficticiamente.

Al general Ducuir no le gustaban las bromas.

—Es usted ingenioso, barón—adujo, algo dolido.

En Vieux-Bac pasaron el puente de hierro con un estrépito grande, y siguieron el antiguo camino romano que une Torcy-la-Mirande con la capital del departamento.

En el cielo, Venus junto á la luna creciente encendía su luz plateada. Anduvieron casi treinta kilómetros sin encontrar las tropas. En Saint-Evariste tuvieron que subir una cuesta muy pendiente. La máquina, semejante á un animal cansado, gimió, pero no se detuvo. Al bajar, cruzó sobre un montón de piedras y faltóle poco para volcar en una zanja.

Luego avanzaron por un camino excelente hasta Malemalle, donde llegaron ya de noche.

El cielo estaba cubierto de estrellas. Los clarines sonaban. Sobre la carretera azul agitaban los faroles sus cabelleras de luz rojiza. Los soldados de infantería salían de las casas. Los vecinos asomábanse á los balcones.

—Aun cuando sean una ficción—dijo Locrisse—las maniobras interesan profundamente.

El general supo que su brigada ocupaba Villeneuve en el ala izquierda del ejército victorioso. El enemigo se batía en retirada.

Villeneuve está situada en la confluencia del Ilette con el Claine, á 20 kilómetros de Mallemanche.

—¡A Villeneuve!—dijo el general—. ¡Por fin sabremos á qué atenernos! ¡Ya era hora!

El camino de Villeneuve hallábase cubierto de cañones, de furgones y de artilleros dormidos bajo sus amplios capotes, y con mucha dificultad pudo abrirse camino el vehículo. Una cantinera sentada en su carro, iluminado con faroles japoneses, llamó á los automovilistas y les ofreció café y licores.

—Buena falta nos hace beber algo—dijo el general—, porque hemos tragado bastante polvo en la carretera.

Después de beber se dirigieron á Villeneuve, ocupado por la infantería.

—¿Y mi brigada?—exclamó el general, inquieto.

Interrogaron ansiosamente á los oficiales que hallaban al paso, pero nadie tenía noticias de la brigada Ducuir.

—¡Cómolo! ¿No saben dónde se halla? ¿No está en Villeneuve? ¡Si es increíble!

Una voz de mujer resonó en el aire como una campanilla.

—Señores...

Y alzando los ojos vieron la cabeza cubierta de rizos de la estancuquera.

—Señores: hay dos Villeneuve. Esta es Villeneuve-sur-Claine. Acaso ustedes hayan de ir á Villeneuve-la-Bataille...

—Acaso—dijo el barón.

—Está muy lejos—repuso la estancuquera—. Han de pasar antes por Montil... ¿Saben dónde cae Montil?

—Sí—dijo el barón—, sabemos dónde cae Montil.

—Después han de seguir hasta Saint-Michel du-Mont; allí tomarán la carretera...

De la casa contigua salió una cabeza con gorro:

—Señores...

Y el notario de Villeneuve-sur-Claine expuso también su opinión:

—Para ir á Villeneuve-la-Bataille es preferible atravesar el bosque de Tongues... Lle-

gan á la Croix-du-Perron, tuercen á la derecha.

—Basta. Conozco el bosque de Tongues—dijo el baroncito—; he cazado allí con los duques de Brecé... Gracias, caballero... Gracias, señorita.

—No hay de qué—dijo la estancuquera.

—A sus órdenes, caballeros—dijo el notario.

—¿Y si fuésemos á la posada á tomar un cocktail?—preguntó el baroncito.

—Yo comería con gusto cualquier cosa—dijo Lacrisse—. Estoy rendido.

—Animo, señores—opinó el general—. Ya nos desquitaremos en Villeneuve-la-Bataille.

Y se fueron. Atravesaron Vely, La Roche, Saules, Meulette y La Taillerie; penetraron en el bosque de Tremble. La deslumbradora luz que les precedía turbaba la obscuridad de los bosques y de la noche. Llegaron á la Croix-du-Perron, luego á la encrucijada del Rey Enrique. Avanzaban rápidamente.

Vieron correr á los gamos, vieron lucecitas en las cabañas de los carboneros. De

pronto, al avanzar por un camino profundo, el estampido siniestro de una explosión los aturdió. La máquina patinó hasta dar contra un árbol.

—¿Qué ocurre?— preguntó el general mientras rodaba por el suelo.

Lacrisse gemía sobre un montón de hojarasca.

Ernesto encendió un farol y dijo siniestramente:

—Ha estallado un neumático... Lo peor es que también se ha torcido el eje delantero.

de una explosión terrible...  
 nel el después de su marcha combinada  
 a muerte por el Tribunal...  
 fúe un ataque de risa en la cárcel porque  
 yó a esto preso que pasó tanto a las en  
 para goro de a una palmaria  
 en la mano.

## EMILIO

La señorita Bergeret permanecía silenciosa. De pronto sonrió; rara vez sonreía.

—¿De qué sonríes, Zoé?— preguntó el señor Bergeret.

—Pensaba en Emilio Vincent.

—¿Qué has dicho, Zoé? Piensas en el hombre bueno que acaba de morir, á quien queríamos, á quien lloramos, ¡y sonríes!

—Sonrío porque se me aparece como era muchos años atrás, y los recuerdos antiguos son más poderosos que la realidad presente. Deberías sin embargo saber, Luciano, que todas las sonrisas no demuestran alegría ni todas las lágrimas significan dolor. Es preciso que una solterona te instruya en todo esto.

—No ignoro, Zoé, que la risa es el efecto